

## Lugar de la poesía

De **RABINDRANATH TAGORE**

### La patria del proscrito

¡Madre, mira qué oscuro se ha vuelto el cielo! ¿Qué será? Estoy ya aburrido de jugar y me vengo contigo. ¿No sabes que es sábado y que no tengo escuela? Déja ya de trabajar; vén, ánda, siéntate aquí conmigo en la ventana y cuéntame un cuento. Dí, madre, ¿dónde era, que ya no me acuerdo, donde estaba el desierto de Tepantar?

La lluvia ha puesto sombría la tarde de norte a sur. ¡Cómo araña el cielo con sus uñas el rabioso relámpago! Cuando retumban las nubes, me gusta tanto sentir encogido mi corazón, madre, y apretarme contra ti. Y cuando la lluvia cansada repiquetea horas y horas en las hojas del bambú y el viento bufeante traquetea las ventanas, ¡cómo me gusta sentarme solo en tu cuarto, madre, y oírte contar el cuento del desierto de Tepantar!

Dí, madre, ¿dónde está? ¿En qué playa de cuál mar, debajo de qué montaña, en el reino de qué rey está el desierto de Tepantar? Estoy seguro de que no habrá en él, como aquí, esas cercas que cierran los campos, ni esas veredas por donde el labrador vuelve al obscurecer al pueblo y la leñadora que vive en el bosque trae su carga al mercado. Cuadros de yerba amarilla en la arena y un árbol solitario donde tienen su nido los dos viejos pájaros sabios, es lo que habrá en el desierto de Tepantar.

Yo, madre, me imagino divinamente que, en un día nublado igualito que éste, el joven príncipe galopa solo por el desierto en su caballo de plata gris, buscando a la princesa que tiene encerrada el gigante en su castillo, más allá del mar que nadie ha visto. Dime, madre, ¿cuando la lluvia tapa con su telón el último cielo, y el relámpago salta como una pun-

zada aguda, se acordará el príncipe de su pobrecita madre abandonada por el rey, que estará barriendo la cuadra y secándose los ojos, mientras su hijo cabalga por el desierto de Tepantar?

Madre, mira, todavía es un poquito de día, pero ya es de noche. Nadie vuelve por el camino de la aldea. El pastorcillo dejó ya las praderas y estará ahora en su casa. Y los hombres del campo han dejado de trabajar y se han sentado en su estera bajo el alero de sus chozas, mirando las nubes feas. No me digas que ahora estudie, madre, déja los libros en paz sobre la mesa. Cuando sea mayor como mi padre, aprenderé todo lo que haya que aprender. Pero hoy, sólo hoy, madre, cuéntame tú, que ya no me acuerdo, dónde está el desierto de Tepantar?

---

### La escuela de las flores

Cuando caen los chubascos de junio y los nubarrones negros braman por el cielo y el viento levante viene mojado por el desierto a tocar la flauta en los bambúes, las flores salen en súbita algazara, sin que nadie sepa de dónde, y se ponen a bailar sobre la yerba locas de alegría.

—Madre, yo digo que las flores irán a una escuela que habrá bajo tierra, ¿no? Allí, con la puerta cerrada, estudiarán sus lecciones. Y si quieren salir a jugar antes de la hora, su maestra las pondrá de rodillas en un rincón. Pero, cuando vienen las lluvias, ¡qué día de fiesta para ellas!

Las ramas chasquean ya ruidosamente en la arboleda y las hojas murmuran en el viento, loco, y las nubes de tronada palmorean con sus manos gigantes... Y las flores niñas salen fuera corriendo, vestidas de rosa y amarillo y blanco...

—Oye, madre, ¿las flores tendrán su casa en el cielo con las estrellas, verdad? Mira tú, si no, ¿qué ganas tienen de subir! ¿Y a que no sabes tú por qué corren tanto? ¡Yo sí lo sé! Y sé también a quién echan sus brazos. Las flores tienen su madre como yo te tengo a ti.

## El último trato

Una mañana iba yo por la pedregosa carretera cuando, espada en mano, llegó el rey en su carroza. “¡Me vendo!”, grité. El rey me cogió de la mano y me dijo: “Soy poderoso, puedo comprarte”. Pero de nada le valió su poderío y se volvió sin mí en su carroza.

Las casas estaban cerradas en el sol del medio día, y yo vagaba por el callejón retorcido, cuando un viejo, cargado con un saco de oro, me salió al encuentro. Dudó un momento y me dijo: “Soy rico, puedo comprarte”. Una a una ponderó sus monedas. Pero yo le volví la espalda y me fui.

Anocheceía y el seto del jardín estaba todo en flor. Una muchacha gentil apareció delante de mí y me dijo: “Te compro con mi sonrisa”. Pero su sonrisa palideció y se borró en sus lágrimas. Y se volvió sola otra vez a la sombra.

El sol relucía en la arena y las olas del mar rompían caprichosamente. Un niño estaba sentado en la playa jugando con las conchas. Levantó la cabeza y, como si me conociera, me dijo: “Puedo comprarte con nada”. Desde que hice este trato jugando, soy libre.

